CRÍTICA

CATALINA la GRANDE

Retrato de una mujer

ROBERT K. MASSIE

TIEMPO DE HISTORIA

Robert K. Massie

Catalina la Grande

Retrato de una mujer

Traducción castellana de
Cecilia Belza

CRÍTICA
BARCELONA

Primera edición: septiembre de 2012

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *Catherine the Great: portrait of a woman*

Diseño de la cubierta: The Book Designers
Adaptación de la cubierta: Jaime Fernández
Ilustración de cubierta: © Bridgeman, The Book Designers

Composición: gama, sl

© 2011, Robert K. Massie
© 2011, de los mapas, David Lindroth, Inc.
© 2012 de la traducción: Cecilia Belza

© 2012 de la presente edición para España y América:
CRÍTICA, S.L., Diagonal 662-664, 08034 Barcelona
editorial@ed-critica.es
www.ed-critica.es
www.espacioculturalyacademico.com

ISBN: 978-84-9892-414-5
Depósito legal: B. 19.968-2012
2012. Impreso y encuadernado en España por Huertas Industrias Gráficas S.A.

1
La infancia de Sofía

El príncipe Cristiano Augusto de Anhalt-Zerbst apenas se distinguía en el enjambre de nobles desconocidos y míseros que abarrotaban el paisaje y la sociedad de la Alemania políticamente fragmentada del siglo XVIII. No se destacaba por ninguna virtud excepcional ni por vicios alarmantes y hacía gala de las sólidas virtudes de su linaje Junker: un marcado sentido del orden, de la disciplina, de la integridad, de la economía y de la piedad, junto con una inquebrantable falta de interés por el cotilleo, las intrigas, la literatura y el ancho mundo en general. Nacido en 1690, el príncipe Cristiano hizo carrera como soldado profesional en el ejército del rey Federico Guillermo de Prusia. En su servicio militar durante las campañas contra Suecia, Francia y Austria se mostró meticulosamente concienzudo, pero en el campo de batalla no cosechó ninguna hazaña extraordinaria, y nada sucedió que acelerase o retrasase su carrera. Con la llegada de la paz, el rey, de quien se sabe que en una ocasión se había referido a su fiel oficial como «el idiota ese, Zerbst»,[1] le confió el mando de un regimiento de infantería acuartelado en el puerto de Stettin, adquirido recientemente a Suecia, en la costa báltica de Pomerania. Allí, en 1727, el príncipe Cristiano, aún soltero a los treinta y siete años, se plegó a los deseos de su familia y se enfrascó en la empresa de ofrecerles un heredero. Ataviado con su mejor uniforme azul y su brillante espada ceremonial, se casó con la joven princesa de quince años, Juana Isabel de Holstein-Gottorp, a quien apenas conocía. Su familia, que había dispuesto el matrimonio con ella, estaba loca de alegría; no solo parecía haberse asegurado el linaje de Anhalt-Zerbst, sino que además la familia de Juana ostentaba un rango social superior al de ellos.

Fue una unión desafortunada. Estaban los problemas de la diferencia de edad: el emparejamiento de una adolescente con un hombre de mediana edad suele derivarse de una confusión en cuanto a los motivos y las expectativas. Cuando Juana, de buena familia pero con poco dinero, alcanzó la adolescencia y sus padres, sin preguntarle nada, le arreglaron un matrimonio de conveniencia con un hombre respetable que casi le doblaba la edad, Juana solo pudo consentir. Aquella boda prometía aún menos porque los temperamentos y caracteres de ambos eran prácticamente contrarios. Cristiano Augusto era sencillo, honrado, pesado, ahorrador y dado a la reclusión; Juana Isabel, en cambio, era complicada, vivaz, extravagante y amante del placer. A ella la consideraban hermosa, y con sus cejas arqueadas, pelo rubio y ensortijado, su encanto y su intenso deseo de agradar, resultaba atractiva sin dificultad. En sociedad, sentía la necesidad de cautivar, pero a medida que fue creciendo, puso un empeño desmesurado. Con el tiempo, aparecieron otros fallos. Un exceso de cháchara la convertía en un personaje frívolo; cuando no conseguía sus deseos, todo el atractivo y el encanto se agriaban y se volvían irritación, y su genio estallaba sin previo aviso. Detrás de aquel comportamiento, y Juana lo había sabido desde el principio, estaba el hecho de que su matrimonio había sido un error terrible; ahora ya irreparable.

Se confirmó por primera vez cuando Juana vio la casa de Stettin a la que su esposo la condujo. Ella había pasado su juventud en un medio excepcionalmente elegante. Siendo una de las doce hijas de una familia que formaba una rama menor del ducado de Holstein, su padre, el obispo luterano de Lubeca, la mandó con su madrina —la duquesa de Brunswick, una dama sin hijos— para que ella se ocupase de su educación. Allí, en la corte con el lujo más espléndido del norte de Alemania, se había acostumbrado a una vida de hermosos ropajes, amistades sofisticadas, bailes, óperas, conciertos, fuegos de artificio, partidas de caza y también constantes chismorreos y risitas ahogadas.

Su nuevo esposo, Cristiano Augusto, militar de profesión, acostumbrado a vivir con la exigua paga del Ejército, no le podía dar nada

de todo aquello. Lo mejor que pudo conseguir fue una casa sencilla, de piedra gris, en una calle adoquinada azotada constantemente por la lluvia y el viento. La ciudad fortaleza de Stettin, amurallada y colgada sobre el inhóspito mar del Norte, era un lugar dominado por la rígida atmósfera militar, en el que no había espacio para que crecieran la alegría, la elegancia o cualquier otro refinamiento social. Las viudas de la guarnición llevaban unas vidas apagadas; las de las esposas de la ciudad lo estaban aún más. Y allí, una alegre joven, recién llegada del lujo y las distracciones de la corte de Brunswick, debía vivir con unos ingresos mínimos, junto a un marido puritano entregado al Ejército, adicto a una economía inflexible, preparado para dictar órdenes pero no para conversar, y ansioso por contemplar el éxito de su esposa en la empresa para la que se casó con ella: un heredero. A este respecto, Juana hizo cuanto pudo; era una mujer consciente de sus deberes, por más que infeliz. Pero en el fondo, siempre ansiaba verse libre: libre de su aburrido esposo, libre de su relativa pobreza, libre del mundo provinciano y cerrado de Stettin. Siempre estuvo convencida de que ella merecía algo mejor. Y entonces, a los dieciocho meses de la boda, tuvo un bebé.

Juana, con dieciséis años, no estaba preparada para la realidad de ser madre. Había capeado el embarazo envolviéndose en un velo de sueños: que sus hijos se convertirían en extensiones de sí misma y que las vidas de estos acabarían ofreciéndole la amplia avenida que la llevaría hasta sus ambiciones. En estos sueños, daba por sentado que el bebé que llevaba dentro —su primogénito— sería un niño, el heredero de su padre, pero sobre todo un chico apuesto y excepcional, y que ella lo guiaría en su brillante carrera que, al final, acabarían compartiendo.

A las 2:30 de la madrugada del 21 de abril de 1729, en la gélida y gris atmósfera de un amanecer báltico, nació el bebé de Juana. Por desgracia, aquella personita resultó ser una niña. Juana y Cristiano Augusto, algo más conformado, consiguieron encontrar un nombre para la niña, Sofía Augusta Federica, pero desde el principio, Juana no pudo hallar ni manifestar el menor sentimiento maternal. No

acunaba ni acariciaba a su hijita; no pasaba tiempo contemplándola en la cuna o teniéndola en sus brazos; al contrario, entregó a su hija con brusquedad a los sirvientes y amas de cría.

Podría explicarse, quizá, porque el parto casi le cuesta la vida; durante las diecinueve semanas posteriores al nacimiento de Sofía, la madre adolescente tuvo que guardar cama. Otra razón podría ser que Juana era aún muy joven y sus propias ambiciones en este mundo, cargadas de vida, estaban lejos de cumplirse. Pero la cruda realidad, la razón subyacente, era que el bebé era una niña, no un niño. Irónicamente, aunque ella no pudiera saberlo entonces, el nacimiento de su hija fue el mayor éxito de su vida. Si el bebé hubiera sido el ansiado niño, y si este hubiera alcanzado la edad adulta, habría sucedido a su padre como príncipe de Anhalt-Zerbst. Y la historia de Rusia habría sido muy distinta y el pequeño nicho en la historia que Juana Isabel se ganó para sí misma jamás habría existido.

A los dieciocho meses del nacimiento de su primera hija, Juana alumbró al hijo que deseaba de todo corazón. El cariño por su segunda criatura se hizo aún más intenso cuando se dio cuenta de que el bebé, Guillermo Cristiano, sufría un grave problema. El niño, que parecía estar afectado de raquitismo, se convirtió en una obsesión; fue su preferido, lo malcrió y apenas permitió que se alejase de su vista. Prodigó en él todo el cariño que le había negado a su hija. Sofía, plenamente consciente de que su nacimiento había sido motivo de disgusto para su madre, observaba el amor con el que Juana rodeaba al hermano menor. Besos dulces, palabras de cariño, caricias tiernas, todo para el niño; mientras Sofía miraba. Por supuesto, es habitual que las madres de niños afectados por minusvalías o enfermedades crónicas pasen más tiempo con este hijo, y también lo es que al resto de criaturas de la familia les contraríe esta atención desproporcionada. Pero el rechazo de Juana hacia Sofía había empezado antes del nacimiento de Guillermo, y luego continuó agravándose. El resultado de este favoritismo maternal fue una herida permanente. La mayoría de niños que se han visto rechazados en favor de un hermano reaccionan más o menos como hizo Sofía: para evitar más dolor, selló sus emociones; no le daban nada y no esperaba

nada. Al pequeño Guillermo, que aceptó sin más el afecto de su madre como algo normal, no se lo podía culpar; aun así, Sofía lo odiaba. Cuarenta años más tarde, cuando escribió sus *Memorias*, aún afloraba el resentimiento:

> Me dijeron que no me habían recibido con grandes alegrías ... Mi padre pensaba que yo era un ángel; mi madre no me prestó mucha atención. Al cabo de un año y medio, ella [Juana] dio a luz a un hijo al que idolatró. A mí, me toleraba, nada más, y me reprendía con una violencia y una cólera que yo no merecía. Yo lo percibía, sin entender muy bien a qué se debía.[2]

A partir de entonces, no se hace otra mención de Guillermo Cristiano en sus *Memorias* hasta 1742, cuando su hermano murió, con doce años. Entonces, el breve relato es frío y carente de emoción.

> Vivió hasta los doce años y murió de fiebre manchada [escarlatina]. Hasta que no hubo fallecido, no averiguaron la causa de la enfermedad que lo obligó a caminar siempre con muletas y que habían intentado remediar sin descanso y sin éxito, consultando a los médicos más famosos de Alemania. Les aconsejaron mandarlo a los balnearios de Baden y Karlsbad, pero cada vez volvía a casa tan cojo como antes y, a medida que iba creciendo, la pierna era cada día más pequeña en proporción. Tras su muerte, diseccionaron el cuerpo minuciosamente y descubrieron que tenía la cadera dislocada y que debía de tenerla así desde muy pequeño ... Cuando murió, mi madre tuvo una pena inconsolable y necesitamos la presencia de toda la familia para ayudarla a sobrellevar el dolor.[3]

Esta amargura da solo una idea del grandísimo resentimiento que Sofía sentía hacia su madre. El daño que Juana le hizo a su hija de pequeña, al demostrar abiertamente su preferencia, marcó profundamente el carácter de Sofía. El rechazo experimentado durante la infancia ayuda a explicar la búsqueda constante, ya como mujer adulta, de lo que le había faltado. Aun siendo la emperatriz Catalina, en la cima del poder autocrático, no solo deseaba ser admirada por su

extraordinario espíritu y ser obedecida como emperatriz, sino que además quería encontrar el calor básico, animal, que su madre le dio a su hermano, pero no a ella.

Incluso las familias principescas menores en el siglo XVIII respetaban la parafernalia asociada al rango. Los hijos de la nobleza contaban con niñeras, institutrices, tutores, profesores de música, de danza, de hípica y de religión que les inculcarían el protocolo, los modales y las creencias de las cortes europeas. La etiqueta era una cuestión de primer orden; los pequeños pupilos practicaban las reverencias y los saludos formales centenares de veces hasta automatizarlos a la perfección. Las clases de lengua eran de una importancia primordial. Los jóvenes príncipes y princesas tenían que poder hablar y escribir el francés, la lengua de la intelectualidad europea; en las familias alemanas de la aristocracia, el alemán parecía vulgar.

La influencia de su institutriz, Isabel (Babet) Cardel, fue crucial en esta época de la vida de Sofía. A Babet, una hugonota francesa a quien la Alemania protestante le pareció más segura y agradable que la Francia católica, le encomendaron supervisar la educación de Sofía. Babet supo ver enseguida que la frecuente agresividad de su discípula venía dada por su soledad y por el anhelo de encontrar calidez y ánimo. Babet le dio ambas cosas. También le insufló lo que se convertiría en un amor permanente por la lengua francesa, con todas las posibilidades que implicaba a la hora de escribir y conversar con lógica, sutileza, ingenio y vivacidad. Empezó en sus clases con *Les Fables de La Fontaine*; luego pasaron a Corneille, Racine y Molière. Una parte excesiva de su educación —consideraría Sofía más adelante— fue confiada a la pura memoria: «Enseguida se dieron cuenta de que tenía buena memoria; por lo tanto, me atormentaban incesantemente para que lo aprendiera todo al dedillo. Aún tengo una Biblia alemana en la que están subrayados en rojo todos los versículos que tuve que memorizar».[4] El planteamiento docente de Babet era moderado, al lado del del pastor Wagner, un pedante capellán castrense escogido por el padre de Sofía

—ferviente luterano— para que enseñase a su hija religión, geografía e historia.

La rígida metodología de Wagner —memorizar y repetir— consiguió pocos avances con una pupila a la que Babet ya había descrito como un *esprit gauche* y que formulaba preguntas embarazosas: ¿Por qué grandes hombres de la Antigüedad, como Marco Aurelio, estaban condenados eternamente al no haber conocido la salvación de Cristo y, por tanto, no haber podido redimirse? Wagner le contestaba que tal era la voluntad divina. ¿Cómo era el universo antes de la Creación? Wagner le respondía que estaba sumido en el caos. Sofía le pedía una descripción de aquel caos; Wagner no la tenía. La palabra «circuncisión»[5] en boca de Wagner hizo saltar la pregunta de forma natural: ¿Qué significa? Wagner, aterrorizado al verse en semejante apuro, se negó a contestar. Cuando le explicaba con todo detalle los horrores del Juicio Final y las dificultades para salvarse, Wagner asustaba tanto a la estudiante que «cada noche al caer la luz me quedaba junto a la ventana y lloraba».[6] Sin embargo, al día siguiente, ella tomaba represalias: ¿Cómo puede ser que la bondad infinita de Dios pueda conciliarse con los terrores del Juicio Final? Wagner, gritándole que no había respuestas racionales para aquellas preguntas, y que lo que le decían tenía que aceptarlo con fe, amenazaba a su pupila con la vara. Babet intervino. Más adelante Sofía escribiría: «En lo más íntimo de mí, estoy convencida de que Herr Wagner era necio».[7] Añadía: «Toda mi vida he tenido esta tendencia a ceder solo ante la delicadeza y la razón; y a resistirme a cualquier presión».[8]

Sin embargo, ni la delicadeza ni la presión pudieron ayudar a su profesor de música, Herr Roellig, en su tarea. «Siempre traía consigo a una criatura que rugía con voz de bajo»,[9] escribió tiempo después a su amigo Federico Melchor Grimm. «Lo ponía a cantar en mi habitación. Yo lo escuchaba y me decía: "Muge como un toro", pero Herr Roellig se sentía enormemente complacido cada vez que aquella garganta de bajo entraba en acción». Ella no superó jamás su incapacidad para apreciar la armonía. «Deseo escuchar música y disfrutar de ella», escribió Sofía-Catalina en sus *Memorias,* «pero me esfuerzo en vano. En mis oídos todo es ruido, nada más.»[10]

El modo en que Babet Cardel enseñaba a los niños dejó su huella en la emperatriz Catalina y, unos años más tarde, expresó su enorme gratitud: «Poseía un alma noble, una mente cultivada, un corazón de oro; era paciente, delicada, alegre, justa y constante; en resumen, el tipo de institutriz que uno querría para todos los niños».[11] En una carta a Voltaire, se presentó a sí misma como «discípula de *mademoiselle* Cardel».[12] Y en 1776, cuando contaba cuarenta y siete años, escribió a Grimm:

> Uno no puede saber siempre lo que piensa un niño. Son difíciles de entender, sobre todo cuando un adiestramiento meticuloso los ha acostumbrado a obedecer y la experiencia ha despertado en ellos la cautela en la conversación con sus maestros. ¿No extraéis de aquí la estupenda máxima de que no se debería reprender a los niños en exceso, sino hacer de ellos seres confiados, para que no nos oculten sus estupideces?[13]

Cuanta mayor independencia mostraba Sofía, más preocupaba a su madre. Era una niña arrogante y rebelde, decidió Juana; tenía que erradicar esas cualidades antes de poder ofrecerla en matrimonio. Puesto que el casamiento era el único futuro para una princesa menor, Juana estaba decidida a «expulsar de su interior al diablo del orgullo». Le repetía constantemente que era fea e impertinente. Sofía tenía prohibido hablar a menos que le hablaran a ella y tampoco podía manifestar sus opiniones a los adultos; la obligaban a arrodillarse y a besar el dobladillo de las faldas de todas las mujeres de rango que los visitaban. Sofía obedecía. Privada de afecto y aprobación, mantuvo una actitud respetuosa hacia su madre, permanecía en silencio y se sometía a las órdenes de Juana, guardándose para sí sus propias opiniones. Más adelante, se supo que la ocultación del orgullo bajo aspecto de humildad era una táctica deliberada y útil que Sofía —llamada entonces Catalina— usaba para enfrentarse a las crisis y al peligro. Cuando se veía amenazada, se envolvía en un manto de docilidad, deferencia y sumisión temporal. También aquí Babet Cardel servía de ejemplo: una mujer de noble cuna que aceptó

una posición inferior como institutriz y aun así logró conservar una dignidad, una categoría y un orgullo que, a ojos de Sofía, la colocaban por encima de su propia madre.

Aparentemente, durante estos años Sofía fue una niña alegre. En parte se debía a la vivaz curiosidad de su mente y en parte a la pura energía física. Necesitaba hacer mucho ejercicio. Los paseos por el parque con Babet Cardel no le bastaban, y sus padres le permitieron ir a jugar con los niños de la ciudad. Sofía no mostró la menor dificultad para hacerse con el mando en aquellas pequeñas bandas de chicos y chicas, no solo por ser princesa sino porque era una líder nata e imaginaba juegos en los que todos querían participar.

Al final, Cristiano Augusto fue ascendido de comandante del acuartelamiento a gobernador de la ciudad de Stettin, un avance que le daba derecho a trasladar a su familia a una de las alas del castillo de granito, en la plaza principal del pueblo. Para Juana, el traslado al castillo no sirvió de nada. Seguía infeliz, aún incapaz de reconciliarse con la situación que le había tocado en la vida. No había hecho un buen matrimonio y, en lugar de la fenomenal vida con la que había soñado, ahora no era más que una señora de provincias en una ciudad acuartelada. A los dos primeros hijos les siguieron otros dos —otro niño y otra niña—, pero no aportaron ninguna felicidad adicional.

En su vivo deseo por huir, los pensamientos la llevaron hasta los contactos que aún tenía en las altas esferas. Por nacimiento, Juana pertenecía a una de las grandes familias de Alemania, la casa ducal de Holstein-Gottorp, y seguía convencida de que con su rango familiar, su inteligencia, su encanto y su vivacidad aún estaba a tiempo de encontrar un lugar mejor en el mundo. Empezó a dedicar su tiempo a cultivar la relación con sus parientes con frecuente correspondencia y visitas regulares. Iba a menudo a Brunswick, la fastuosa corte de su niñez, donde en las paredes colgaban Rembrandts y Van Dycks. Allí, todos los febreros para Carnaval, visitaba Berlín y presentaba sus respetos al rey de Prusia. Sentía pasión por las intrigas y, viendo

las cosas desde Stettin, llegaban a cautivarla incluso las murmuraciones más chismosas de las cortes más insignificantes de Alemania, en las que creía que destacaría. Pero de algún modo, allí donde iba, Juana era siempre consciente de no ser más que la pariente pobre, la niña de buena familia que había contraído un matrimonio poco prometedor.

Cuando Sofía cumplió los ocho años, Juana empezó a llevársela en sus viajes. Preparar una boda era uno de los deberes que tenía la intención de cumplir, y no podía perjudicar en nada, ni siquiera en un estadio tan inicial, dejar que la sociedad supiera que una princesita crecía en Stettin y estaba disponible. Y, de hecho, el matrimonio era el tema de conversación principal cuando madre e hija realizaban sus salidas. Cuando Sofía cumplió los diez años, las charlas acerca de su posible marido eran habituales entre sus tíos y tías. Sofía nunca presentó objeciones a viajar con su madre; en realidad, disfrutaba con ello. Cuando creció un poco más, no solo fue plenamente consciente del objetivo de sus visitas sino que además lo aprobaba de todo corazón. El matrimonio, además de ofrecerle la mejor salida para huir de su madre y su familia, también la libraba de una alternativa espantosa que Sofía ya había tenido ocasión de conocer. Era la forma de vivir de sus tías solteras, las hijas sobrantes de la nobleza menor del norte de Alemania; las habían sacado de la escena, relegándolas a las alas más apartadas de los castillos familiares o colocándolas en remotos conventos protestantes, estabuladas de forma permanente. Sofía recordaba haber visitado a una de aquellas desafortunadas mujeres, una hermana mayor de su madre, que tenía dieciséis perros carlinos, todos durmiendo, comiendo y haciendo sus necesidades en la misma habitación que su dueña. «Además, en el mismo habitáculo vivían muchos loros», escribió Sofía. «Es fácil imaginar la fragancia que imperaba allí dentro.»[14]

Pese al deseo de la propia Sofía de contraer matrimonio, solo se le presentaban oportunidades marginales para conseguir una buena unión. Cada año traía consigo una nueva cosecha de princesas europeas adolescentes entre las que escoger; y la mayoría prometía mucho más a la realeza reinante y a las familias nobles que la unión con

la insignificante casa del diminuto Zerbst. Por otra parte, Sofía tampoco era una niña con un atractivo físico notable. A los diez años, tenía un rostro plano con una barbilla delgada y puntiaguda, sobre la que Babet Cardel le había advertido para que la mantuviera cuidadosamente metida. Sofía comprendió el problema de su aspecto. Más adelante escribió:

> No sé si de niña era realmente fea, pero recuerdo bien que me lo decían con frecuencia y que, por tanto, tenía que esforzarme por mostrar virtudes interiores e inteligencia. Hasta los catorce o los quince años, estuve plenamente convencida de mi fealdad y por eso me ocupaba más en cultivar capacidades interiores y no tenía tan en cuenta mi apariencia externa. He visto un retrato mío de cuando yo tenía diez años y era verdaderamente feo. Si es verdad que se me parecía, no me dijeron ninguna mentira.[15]

Y así fue como, pese a las mediocres perspectivas y una apariencia poco agraciada, Sofía recorrió el norte de Alemania con su madre. Durante aquellos viajes, añadió nuevas materias a su educación. Escuchando todos los cotilleos de los adultos, aprendió la genealogía de casi todas las familias reales de Europa. Hubo una visita especialmente interesante. En 1739, el hermano de Juana, Adolfo Federico, el príncipe-obispo de Lubeca, fue nombrado tutor del joven duque de Holstein, que acababa de quedar huérfano a los once años: Carlos Pedro Ulrico. Era un chico que contaba con excelentes contactos, en apariencia destinado a un gran futuro. No solo era el único nieto vivo de Pedro el Grande de Rusia, sino que también ocupaba el primer puesto para convertirse en heredero al trono de Suecia. Contaba con un año más que Sofía y eran primos segundos por parte de madre. En cuanto el hermano de Juana asumió la tutela del niño, esta no perdió un segundo; cogió a Sofía y fueron a presentarle sus respetos al príncipe-obispo. En sus *Memorias*, Sofía-Catalina describió a Pedro Ulrico como «agradable y distinguido, aunque con un gusto por la bebida ya evidente».[16] No era una descripción en absoluto completa del huérfano de once años. En realidad, Pedro Ulrico era pe-

queño, delicado y enfermizo, con unos ojos saltones, sin mandíbula y un pelo delgado y rubio que le caía hasta los hombros. Estaba poco desarrollado, tanto emocional como físicamente. Era tímido y solitario, vivía rodeado de tutores e instructores militares, no tenía contacto con nadie de su edad, no leía nada, y en las comidas era un glotón. Pero Juana, como cualquier otra madre con hija casadera, vigilaba todos sus movimientos y se le aceleró el pulso al ver a su hija de diez años hablando con él. Luego, Sofía vio susurrar a su madre y a sus tías. Incluso con su edad, ya sabía que hablaban de la posibilidad de una unión entre ella y aquel niño tan raro. No le importó; había empezado a dejar volar la imaginación.

> Sabía que un día se convertiría en el rey de Suecia, y aunque yo era todavía una niña, el título de reina me sonaba muy bien. A partir de entonces, la gente en mi círculo me tomaba el pelo con él y poco a poco me fui acostumbrando a pensar que estaba destinada a ser su esposa.[17]

Mientras tanto, la apariencia de Sofía había mejorado. A los trece años, era delgada, con el pelo castaño oscuro y sedoso, la frente ancha y los ojos azules, oscuros y brillantes, además de una boca de piñón. La afilada barbilla era menos llamativa. Sus otras cualidades habían empezado a destacar; era inteligente y de ingenio vivo. No todo el mundo la consideraba insignificante. Un diplomático sueco, el conde Henning Gyllenborg, que conoció a Sofía en casa de la abuela de la joven en Hamburgo, quedó impresionado por su inteligencia y le dijo a Juana en presencia de Sofía: «*Madame*, usted no conoce a su hija. Le aseguro que tiene más cabeza y más carácter del que usted imagina. Le ruego que le preste más atención porque se la merece, en todos los sentidos».[18] Juana no se dejó impresionar, pero Sofía no olvidaría aquellas palabras jamás.

Estaba descubriendo la forma de gustar a la gente y, una vez aprendió la técnica, supo ponerla en práctica con gran habilidad. No se trataba de seducir. Sofía —y, luego, Catalina— nunca fue coqueta; no pretendía despertar un interés sexual sino una comprensión afectuosa y empática, como la que había mostrado el con-

de Gyllenborg. Para generar estas reacciones en otras personas, se valía de métodos tan convencionales y modestos que parecen casi sublimes. Se dio cuenta de que la gente prefería hablar a escuchar, y en especial hablar sobre ellos mismos mejor que sobre cualquier otra cosa. A este respecto, su madre, en sus penosos esfuerzos por parecer importante, le había brindado un certero ejemplo de cómo no comportarse.

En su interior afloraban también otros sentimientos. Sofía estaba despertando a la sensualidad. A los trece o catorce años, solía irse a la habitación por la noche, aún inquieta, nerviosa y enérgica. Para intentar hallar algún alivio, se sentaba en la cama, disponía una almohada dura entre sus piernas y, montada a horcajadas sobre un caballo imaginario, «galopaba hasta caer casi rendida».[19] Cuando entraban las sirvientas en su habitación para investigar el origen del ruido, la encontraban tendida tranquilamente, fingiendo dormir. «Nunca me pillaron in fraganti», dijo ella.[20] Una razón explicaba bien su férreo control en público. Sofía tenía un deseo único y primordial: escapar de su madre. Comprendió que la única vía sería el matrimonio. Para conseguirlo, debía casarse; y no con un marido cualquiera, sino con uno cuyo rango la colocase tan por encima de su madre como fuera posible.

Sin embargo, sucumbió a un episodio de encaprichamiento adolescente. A los catorce años, flirteó un poco con su joven y apuesto tío, el hermano menor de su madre, Jorge Luis. Tenía diez años más que Sofía y se sintió atraído por la fresca inocencia de su floreciente sobrina; el engominado teniente de *cuirassiers* empezó a hacerle la corte. Sofía describe los avances de aquel pequeño romance, que acabó con una repentina propuesta de matrimonio del tío Jorge. Se quedó anonadada: «Yo no sabía nada del amor y nunca lo asocié con él».[21] El halago la hizo dudar; aquel hombre era el hermano de su madre. «Mis padres no querrán»,[22] le contestó. Jorge Luis le indicó que su parentesco no era un obstáculo; uniones de aquel tipo se habían dado con frecuencia en otras familias aristocráticas de Europa. Sofía estaba confusa y permitió que el tío Jorge siguiera adelante con la petición de mano. «En aquella época era muy guapo, tenía unos

ojos bonitos y conocía mi temperamento. Yo estaba acostumbrada a él. Empecé a sentirme atraída y no lo esquivaba.»[23] Al final, aceptó provisionalmente la proposición de su tío, siempre y cuando «mi madre y mi padre den su consentimiento. En aquel momento, mi tío se abandonó por completo a su pasión, que era extrema. Aprovechaba cada oportunidad para abrazarme y era muy hábil provocando esos momentos, pero aparte de unos pocos besos, todo fue muy inocente».

¿Estaba preparada Sofía para dejar a un lado la ambición de ser reina y, en su lugar, quedarse como cuñada de su propia madre? Durante un momento, vaciló. Quizá debería haber cedido y permitir que Jorge Luis se saliera con la suya y acabar casada con él. Pero antes de llegar a nada definitivo, recibieron una carta de San Petersburgo.

2
Una llamada de Rusia

La carta de Rusia fue una sorpresa, pero contenía el mensaje con el que tanto había soñado Juana y que tanto anhelaba recibir. Al mismo tiempo que la ambiciosa madre paseaba a su hija por las insignificantes cortes del norte de Alemania, había estado alargando la mano para tocar timbres más altos. En la familia, había una historia que vinculaba a los parientes de Juana de la casa de Holstein con la dinastía Románov de la Rusia imperial. En diciembre de 1741, cuando Sofía tenía doce años, Isabel, la hija menor de Pedro el Grande, se apoderó del trono ruso en un golpe de Estado acometido a media noche. La nueva emperatriz tenía algunos lazos sólidos con la casa de Holstein. Primero, a través de la querida hermana mayor de Isabel, Ana, la hija mayor de Pedro el Grande, que se había casado con el primo de Juana, el duque Carlos Federico de Holstein. Este matrimonio había dado como fruto al tristón Pedro Ulrico; a los tres meses de nacer el niño, Ana murió.

Isabel tenía un lazo personal aún más estrecho con la casa de Holstein. A los diecisiete años, la habían prometido en matrimonio con el hermano mayor de Juana, Carlos Augusto. En 1726, este príncipe de Holstein viajó a San Petersburgo para casarse, pero unas pocas semanas antes de celebrarse la boda, el futuro novio contrajo la viruela en la capital rusa y murió allí mismo. Isabel se vio inmersa en un dolor del que jamás llegó a recobrarse completamente, y en adelante la casa de Holstein fue para ella casi una parte de su propia familia.

Ahora, cuando le llegaron noticias de que esta misma Isabel había ascendido repentinamente al trono ruso, Juana escribió de inmediato para felicitar a la nueva emperatriz que, en otra época, había estado a punto de convertirse en su cuñada. La respuesta de Isabel fue afable y cariñosa. La relación siguió avanzando. Juana tenía un retrato de la hermana fallecida de Isabel, Ana, que la emperatriz deseaba. Cuando Isabel escribió a su «querida sobrina» y le preguntó si podría devolver el retrato a Rusia, Juana cumplió encantada sus deseos. Al poco tiempo, un secretario de la embajada rusa en Berlín llegó a Stettin con un retrato en miniatura de Isabel para Juana, dispuesto en un precioso marco de diamantes que valía dieciocho mil rublos.

Decidida a alimentar este contacto tan prometedor, Juana se llevó a su hija a Berlín, donde el pintor de la corte prusiana, Antoine Pesne, hizo un retrato de Sofía para mandárselo a la emperatriz, como regalo. La pintura no tenía nada de especial; los modelos de la mayoría de trabajos de Pesne acababan teniendo un aspecto casi idéntico en los lienzos, y el retrato que hizo de Sofía terminó siendo el típico retrato dieciochesco de una joven agradable. No obstante, después de haber enviado el retrato a San Petersburgo, llegó la respuesta esperada: «La emperatriz está encantada con los expresivos rasgos de la joven princesa».[24]

En adelante, Juana no dejó escapar una sola oportunidad para forjar nuevos vínculos con esta rama de la familia. A finales de 1742, dio a luz a su segunda hija, la única hermana de Sofía. En cuanto se supo el sexo del bebé, Juana escribió a la emperatriz y le comunicó que la niña se llamaría Isabel y le pidió a Su Alteza que aceptase ser

la madrina de la criatura. Isabel dio su consentimiento y al poco tiempo llegó a Stettin otro retrato de la emperatriz, también engastado en diamantes.

Mientras tanto, estaba teniendo lugar otra serie de acontecimientos favorables para Juana. En enero de 1742, el joven Pedro Ulrico de Holstein, el niño huérfano al que Sofía había conocido tres años antes, desapareció repentinamente de Kiel y reapareció en San Petersburgo, donde fue adoptado por su tía Isabel y proclamado heredero del trono ruso. Este niño, ahora el futuro emperador de Rusia, era el primo de Juana (y, por extensión, de Sofía). 1743 le trajo otra estupenda sorpresa a Juana. Como condición para que el joven Pedro Ulrico se convirtiera en el heredero al trono de Rusia, el joven príncipe Holstein tenía que renunciar a su derecho a la corona sueca. Atendiendo a los términos de un tratado firmado entre Rusia y Suecia, se le concedía a la emperatriz Isabel el derecho a designar al sustituto de su sobrino en la ascendencia al trono de Suecia. Escogió al hermano de Juana, Adolfo Federico, príncipe-obispo de Lubeca, el que fuera tutor de Pedro Ulrico. Así fue como Juana, en el momento en que tuvieron lugar todas estas proclamaciones, sustituciones y cambios, se halló en el centro de una rueda de asombrosa buena suerte. La viruela le había arrebatado a un hermano que habría sido el consorte de la nueva emperatriz rusa, pero ahora tenía un primo que un día sería el emperador de Rusia y un hermano mayor vivo que se convertiría en el rey de Suecia.

Mientras su esposa buscaba el favor en San Petersburgo y escoltaba a su hija por el norte de Alemania, el príncipe Cristiano Augusto, esposo y padre, se quedaba en casa. Cumplidos ya los cincuenta años, sin haber variado su forma de vida frugal y disciplinada, sobrevivió a un ataque de parálisis temporal, se recuperó y vivió para ver cómo lo ascendían y su condición social mejoraba. En julio de 1742, el nuevo rey de Prusia, Federico II, lo ascendió al rango de mariscal de campo del ejército prusiano. En noviembre de aquel mismo año, el príncipe y su hermano mayor lograron la soberanía conjunta del pequeño

principado de Anhalt-Zerbst, una ciudad al suroeste de Berlín con torres y muros medievales, un foso y casas con tejado a dos aguas. Presentó su renuncia en el Ejército y dejó Stettin. Cristiano Augusto se trasladó con su familia a Zerbst y allí se dedicó a velar por el bienestar de sus veinte mil súbditos. Juana estaba ligeramente satisfecha; ahora era la princesa reinante de un pequeño —muy pequeño— estado soberano alemán. Vivía en un pequeño —muy pequeño— palacio barroco. Pese a la correspondencia que mantenía con una emperatriz y las visitas a sus parientes bien situados, seguía preocupada porque la vida se le escapaba.

Entonces, el 1 de enero de 1744, tras una misa en la capilla del castillo, cuando la familia acababa de sentarse a la mesa para la cena de Año Nuevo, se presentó un correo con una carta sellada para Juana. Ella la abrió de inmediato. Era de San Petersburgo y la había escrito Otto Brümmer, gran mariscal de la corte de Pedro Ulrico, el joven duque de Holstein, ahora aparente heredero al trono de Rusia. Brümmer escribió:

> Por orden explícita de Su Majestad Imperial [la emperatriz Isabel], os informo, señora, de que la emperatriz desea que Vuestra Alteza —acompañada por la princesa, vuestra hija mayor— se traslade a Rusia lo antes posible y acuda, sin pérdida de tiempo, al lugar en que la Corte Imperial pueda hallarse en ese momento. Vuestra Alteza es demasiado inteligente como para no comprender el verdadero significado de la impaciencia de la emperatriz por tenerla aquí enseguida, así como a la princesa, vuestra hija, de quien se han contado muchas maravillas. Al mismo tiempo, nuestra incomparable monarca me ha encargado de forma expresa que le haga saber, a Vuestra Alteza, que Su Alteza el príncipe no debe participar en este viaje, bajo ninguna circunstancia. Su Majestad Imperial tiene razones de gran peso para desearlo de este modo. Una palabra de Vuestra Alteza será, a mi juicio, todo cuanto se necesita para cumplir la voluntad de nuestra divina emperatriz.[25]

La carta de Brümmer contenía otras peticiones. Solicitaba a Juana que viajase de incógnito hasta Riga, en la frontera con Rusia, y

que, si podía, mantuviera su destino también en secreto. Si, de algún modo, llegaba a conocerse, tenía que explicar que sus obligaciones y la etiqueta le exigían agradecer a la emperatriz rusa, en persona, su generosidad con la casa de Holstein. Para cubrir los gastos de Juana, Brümmer adjuntó un pagaré por valor de diez mil rublos en un banco de Berlín. La carta no especificaba la intención última del llamamiento, pero una segunda carta, que llegó a través de otro correo unas pocas horas más tarde, dejaba las cosas claras. Esta carta provenía de Federico II de Prusia y también estaba dirigida solo a Juana:

> No seguiré ocultando que, además del respeto que siempre he sentido hacia vos y hacia vuestra hija la princesa, siempre he deseado otorgarle a esta última alguna fortuna especial; he dado en pensar que quizá podríamos preparar una unión entre ella y su primo, el gran duque Pedro de Rusia.[26]

La exclusión explícita del príncipe Cristiano Augusto por parte de Brümmer en la invitación de la emperatriz, reafirmada por el hecho de que Federico hubiera dirigido su carta solo a Juana, era, por supuesto, una afrenta para el teórico cabeza de familia. Y la formulación de ambas misivas dejaba claro que todos los participantes parecían seguros de que la esposa podría anular cualquier objeción que su imperturbable esposo plantease, no solo en lo relativo a verse excluido de la invitación sino también en lo tocante a otros aspectos de este posible matrimonio. Estas objeciones, temían ellos, se centrarían en la exigencia de que una princesa alemana que se casase con un futuro zar debería abandonar su fe protestante y convertirse a la ortodoxia griega. El devoto luteranismo que practicaba Cristiano Augusto era de todos conocido, y todas las partes comprendían que se opondría a que su hija abandonase la fe.

Para Juana, aquel fue un día glorioso. Después de quince años en un matrimonio deprimente, una emperatriz y un rey habían puesto ante ella la perspectiva de ver cumplidos todos sus sueños de agitación y aventura. Iba a ser alguien importante, una actriz en el escenario del mundo; todos los tesoros de su personalidad hasta la fecha

desperdiciados empezarían a tener uso. Estaba eufórica. A medida que iban pasando los días, llegaban sin descanso a Zerbst mensajes de apremio desde Rusia y Berlín. En San Petersburgo, Brümmer, ahora bajo la presión constante de una emperatriz impaciente, le comunicó a Isabel que Juana había escrito diciendo que «de tener alas, ya estaría volando hacia Rusia».[27] Y casi era cierto: Juana tardó solo diez días en ultimar los preparativos para el viaje.

Mientras la madre de Sofía saboreaba su momento de gloria, su padre se recluyó en el estudio. El viejo soldado siempre había sabido cómo comportarse en el campo de batalla, pero ahora no sabía qué hacer. Le había molestado que lo excluyeran de la invitación, pero deseaba apoyar a su hija. Detestaba la idea de que la obligasen a cambiar de religión, y la perspectiva de que la mandasen lejos de casa, a un país tan inestable políticamente como Rusia, lo hacía sentirse incómodo. En última instancia, pese a todas estas preocupaciones y reservas, el viejo y buen soldado vio que no tenía elección; tendría que escuchar a su esposa y obedecer las órdenes del rey Federico II. Cerró la puerta de su estudio y empezó a preparar consejos prudentes para su hija, sobre cómo comportarse en la corte rusa:

> Junto con la emperatriz, Su Majestad, debéis respetar al gran duque [Pedro, el futuro esposo] por encima de todo como a vuestro señor, padre y soberano; y al mismo tiempo, mediante vuestra atención y ternura, ganaos su confianza y amor en cada ocasión. Vuestro señor y su voluntad han de ser preferidos a todos los placeres y tesoros del mundo y nada debe hacerse que le disguste.[28]

Al cabo de tres días, Juana pudo informar a Federico: «El príncipe, mi esposo, ha expresado su consentimiento. El viaje, que en esta época del año es sumamente peligroso, no me asusta en absoluto. He tomado una decisión y estoy plenamente convencida de que cuanto suceda responderá plenamente al interés de la Providencia».[29]

El príncipe Cristiano no fue el único miembro de la familia Zerbst cuyo papel en esta trascendental empresa ocupó un indiscutible segundo plano. Mientras Juana leía y escribía, ordenaba y escogía

ropajes, Sofía permanecía en el olvido. El dinero disponible se dedicó a mejorar el guardarropa de su madre; para la hija no quedó nada. El ropero de Sofía —lo que podría haberse considerado su ajuar— lo formaban tres vestidos viejos, una docena de camisas, varios pares de medias y unos pocos pañuelos. La ropa de cama del ajuar de novia se confeccionó con unas pocas sábanas usadas de su madre. En total, aquellas telas llenaban la mitad de un baúl pequeño, del tamaño que una chica del pueblo podría llevarse con ella cuando viajase para casarse en el pueblo vecino. Sofía ya sabía lo que estaba sucediendo. Había visto de refilón la carta de Brümmer y sabía que venía de Rusia. Cuando su madre la abrió, leyó las palabras «acompañada por la princesa, vuestra hija mayor». Además, que su madre se comportase con tal ansia después de recibir la misiva y que sus padres corrieran a retirarse para susurrar entre ellos alentó su idea de que la carta afectaba a su futuro. Sabía qué importancia tenía el matrimonio; recordaba el nerviosismo que su madre había demostrado cuatro años antes, cuando ella conoció al joven duque Pedro Ulrico; sabía que habían mandado su retrato a Rusia. Al final, incapaz de contener la curiosidad, se encaró con su madre. Juana reconoció el contenido de las cartas y le confirmó lo que implicaba. «Me dijo», escribiría Catalina más adelante, «que eso también implicaba un riesgo importante, dada la inestabilidad del país. Yo le contesté que Dios nos proveería de estabilidad, si esa era su voluntad; y que yo disponía del coraje suficiente para hacer frente al riesgo, y que mi corazón me decía que todo saldría bien.»[30] La cuestión que atormentaba a su padre —el cambio de religión— no supuso ningún problema para Sofía. Su visión de la religión era, como ya sabía el pastor Wagner, pragmática.

Durante aquella semana, que iba a ser la última que pasarían juntas, Sofía no le habló a Babet Cardel de su inminente partida. Sus padres le habían prohibido hacer ninguna mención a ello; hicieron creer que abandonaban Zerbst con su hija para el viaje anual a Berlín. Babet, muy conocedora del carácter de su pupila, se dio cuenta de que nadie estaba siendo sincero. Pero ni en la emotiva despedida de su querida maestra, la pupila le reveló la verdad. Y ninguna de ellas, profesora y estudiante, volvieron a encontrarse nunca.